

AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan. Del importante proyecto que formó Ambrosio, y de qué manera se executó.

Despues de haber empleado el Conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podiamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo caminaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dexamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció cerca de Campillo. Ganamos prontamente

las

las montañas que hay entre aquel lugar y Requena. Descansamos aquel dia y le pasamos en contar nuestro caudal, que considerablemente se habia aumentado con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones. A la entrada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el Reyno de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos. Emboscámonos en él, y llegámos á un sitio por donde corría un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible, y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles y la abundante yerva que el campo ofrecia para los caballos, bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo, aun quando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y nos dispusimos á pasar allí aquel dia alegremente; pero quando quisimos almorzar nos hallamos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que agonizando. Señores, dixo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sito mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Xelva á este fin. Xelva es un bello lugar, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dixo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó y

partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos sería muy pronta la vuelta.

Sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se acercaba ya la noche á encapotar los árboles con su obscuro y negro manto, quando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traía el botar-ron lleno de excelente vino, y las alforjas atestadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dixo sonriéndose: yo se la doy á Don Rafael, y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan por qué ni para qué compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que viéramos por menor lo que encerraba aquella especie de fardo. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupas, y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordón; una de las cuales era en forma de caña hueca por dentro, y servia para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello, y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verde. ¡Vive Dios! exclamó zumbándose Don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, vive Dios que el

se-

señor Ambrosio ha empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lama-la. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que me está baylando en la cabeza. Oid y juzgad.

Despues de haber hecho provision de pan me entré en una pasteleria, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Miétras todo esto se estaba cocinando entró en la pasteleria un hombre muy colérico quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del lugar, y dixo al pastelero: por Santiago Apostol que Samuel Simon es el mercader mas vil que hay en toda la villa de Xelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladrón seis varas de paño pardo, sabiendo muy bien que soy un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admirais de tal bestia? El fia sin reparo á los caballeros, quando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último cornado. ¡Qué mania! ¡maldito Judío! ¡con qué gusto te

LL 2

ve-

veria yo quemado! Puede ser que se me cumpla algun dia, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atención á aquel pobre oficial, el qual dixo otras muchas cosas del susodicho Samuel, y de repente sentí no se qué interno preñuncio de que yo mismo habia de vengarle, haciendo una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me direis de qué genio es ese mercader? Del peor que se puede imaginar, me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero, remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un Judio que por interes se hizo Católico; pero su alma es tan Judia como la del mismo Caifás.

No perdí una sílaba de todo lo que dixo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Párome á ver su tienda, exâminola toda, y de repente se me viene á la imaginación un enredo que digerí con presteza, pareciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Voyme derecho á una roperia, y compré los hábitos que veis, uno para el que ha de hacer papel de Comisario del Santo Oficio, otro para el que ha de representar el de Secretario, y el tercero para el que ha de hacer de alguacil. Esta fue la causa de mi tardanza.

Ah querido Ambrosio, interrumpió Don Ra-

Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida, porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la execucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imiginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de Comisario del Santo Oficio, yo el de Secretario, y el señor Gil Blas, si se dignáre, hará el de alguacil. Ya están los papeles distribuidos; mañana representaremos la comedia: y yo respondo del suceso, á menos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos que importunamente suelen venir á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto, pero durante la comida me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrias, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirnos, pero apenas amaneció quando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta, alerta*; los que tienen entre manos grandes empresas que executar, no han de ser

ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor Comisario, le dixo Don Rafael entre desperto y dormido, y lo que su Señoría ha madrugado. En verdad que el Judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor Secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas, que se dixerón, nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personajes. Ambrosio se echó acuestas las bayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero Comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar, esto es, uno de Secretario, y otro de alguacil. Gastamos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde quando salimos del bosque para encaminarnos á Xelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del conjuro el no dexarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del dia.

Quando nos pareció tiempo dexamos nuestros caballos en aquel sitio á cargo de Don Alfonso, el qual estimó mucho que no le obligá-

se-

semos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas consecuencias. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos derechos á la puerta de Samuel Simon. El mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido quando se vió en su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela (que llevaba la palabra) le dixo en tono y ayre imperioso; señor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno Comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos hácia tras como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó supercheria, creyó de buena fé que algun enemigo suyo le habia delatado al Santo Oficio. Tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por el mejor Católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta información. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que venera y teme á la Inquisición. El mismo nos abrió su gabinete, y al entrar le dixo Ambrosio: señor Samuel, á lo menos recibid con sumision las órdenes del Santo Oficio; retiraos á otro quarto, y dexadnos hacer libre-

men-

mente lo que nos toca. No fue menos obediente á esta segunda orden, que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su gabinete, donde sin pérdida de tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca, y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar: tuvimos paciencia é hicimos virtud de la necesidad. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar sin que por fuera se conociese; de suerte que todos íbamos cargados con un peso exórbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar, gracias á la destreza de Ambrosio y del Don Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salimos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es facil de adivinar, el señor Comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta poniéndole su sello, y diciendo á Simon: Maestre Samuel, de parte de la Santa Inquisicion os pongo precepto de que no toquéis á este candado ni á este sello

llo, que es el del Santo Oficio, al qual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarle, y á daros mis órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por la qual fuimos todos desfilando alegremente, y quando hubimos andado como unos cinquenta pasos, comenzamos á caminar con tanta velocidad que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y montando en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al Dios Mercurio, patron de todos los robos.



CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capítulo precedente.

Caminamos toda la noche segun nuestra loable costrumbre, y nos hallamos al amanecer á vista de una miserable Aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados nos desviamos con gusto del camino real para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la Aldea, en la qual no nos pareció conveniente detenernos. Quando llegamos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pie un claro y bullicioso aroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del día. Quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerva. Reposamos un poco, y despues acabamos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado al pobre Samuel Simon, y hallamos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya

teníamos, componia un capital no despreciable. Como se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse este trabajo, porque la aventura de Xelva los habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dixo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, donde presto volverémos á buscaros. Señor Don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la vuelta de Vmds. sea como la vuelta del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntarémos. Ésa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no mereciamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros, acordándote tambien de lo que hicimos en Valladolid quando abandonamos á los compañeros que teníamos en aquella ciudad. Pero sábeta que te engañas enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion, que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; mas quando no son conformes las in-

clinaciones, puede alterarse la union como en el resto de todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á Vmd. y al señor Don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dixo entonces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dexar dueños del caudal á estos señores. La mejor caucion de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos. Ya vé Vmd. señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedareis así resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fé, tendreis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las alforjas y el botarron, dexándome á mí con Don Alfonso, el qual me dixo luego que se fueron: señor Gil Blas, yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con estos bribones, y en venir hasta aquí con ellos. No os puedo decir quantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche mientras me quedé solo guar-

guardando los caballos, hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra, y se crió con principios de una Christiana educacion vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como demasiadamente puede suceder) se descubriese algun dia una de estas maldades, y cayésemos todos en manos de la justicia, me vería públicamente castigado, quizá con una muerte afrentosa, y como un vil ladron. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos, y así te confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto (añadió) que no desaprobárs este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque Vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto, y mucho ménos las de aquella última especie, antes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel: á fé, señor Gil Blas, que si la Justicia viniera ahora á cogerle á Vmd. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que sin duda le pagaria bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Así que, señor Don Alfonso, no estoy menos fastidiado que Vmd. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á Vmd., si es que me lo permite, á qual-

qualquiera parte que vaya. Quando vuelvân estos señores les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó desde esta misma noche nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dixo: pasarémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la República de Venecia. ¿No es mucho mejor seguir la noble y gloriosa carrera de las armas, que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podémos hacer buena figura con el dinero que nos ha tocado. No ya por que dexé de recordarme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido; pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á Don Alfonso que en las mismas disposiciones me hallaba yo, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dexándonos dueños de él no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Hácia el fin de la tarde volvieron de Segorve

ve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dixeron, fue que habian hecho un viaje muy feliz, y que dexaban echados los fundamentos de una aventura, que, segun todas las apariencias, sería sin comparacion de mucha mas ganancia que la del dia anterior. Comenzó á contarnos el plan el hijo de Lucinda; pero Don Alfonso le atajó, diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolution. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones, no les fue posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero, y los dos tomamos el camino de Valencia.

